

Kazikes



**Relatos de las miserias
de la vida cotidiana**



Kazikes

Rodrigo Ratero García
Manuel Sirvent Cantón
José María Bermudez Silva (Chirri)
Juan José Vidal (Vidal-Dosis)
Marta Bruno (Morti-Destrucción)
Alba González Martín
Rubén Mahave Salcedo (Chubi Pirri)

Editorial Gradiente 2013
Colección Contrasentido
Género: Relatos, Drama.

Diseño portada: Manuel Sirvent
Diseño colección: Alex Escalada

Cód: Gr-Cs-002
Deposito Legal: M-26624-2013
www.editorialgradiente.com
www.kazikes.es

Qué ironía un escritor que, por sus miserias, no sabe pasar página.

RODRIGO RATERO

Posiblemente nuestra ambición supere con creces nuestro talento.

MANUEL SIRVENT

Ya no hay palomas de la paz, ni perdices de la felicidad, no hay ninguna puñetera mariposa en los estómagos, y eso no quiere decir que tengamos pájaros en la cabeza, lo que está claro es que nos llevamos como el perro y el gato, somos peces para el perdón y elefantes para el rencor, ¡somos fauna, somos unos animales!

JOSÉ MARÍA BERMÚDEZ, «CHIRRI»

Todas las mañanas me miro al espejo, y mientras apuro mi cigarro y le doy un trago al licor café, pienso: vaya un día de mierda voy a tener.

VIDAL-DOSIS

En este mundo de mierda si kieres buscarte la vida te dan por culo. La gasolina casi más kara ke la cerveza, el cartón de vino subiendo de precio a más del doble cada año... y el spiz sigue estando a veinte.

MORTI-DESTRUCCIÓN

A veces merece la pena dejar al ojo perderse más adentro.

ALBA GONZÁLEZ

Aún es pronto para la muerte, ni siquiera ha anochecido.

CHUBI PIRRI

Prólogo de Alejandro López

Como cualquier otro blog, Kazikes surge para recoger las ideas propias de su creador, Manuel Sirvent, quien mediante poesía o prosa, vomita su desencanto mezclado con su imaginación.

El deseo de escribir, junto con la inutilidad tecnológica de Rodrigo Ratero, animan a estos dos viejos amigos a compartir el blog, comenzando así una alternancia de escritos crudos, incisivos y a veces sangrientos, en forma de relatos que dejan en evidencia las miserias de la vida cotidiana.

Esta evolución habilita la inclusión de textos de otros autores amigos y afines en temática como José María Bermúdez «Chirri», Vidal-Dosis, Morti-Destrucción, Alba González o Ruben Mahave «Chubi»; transformando un blog personal en un pequeño espacio literario en la red, donde la realidad de nuestros días inspira relatos que perturbadas mentes terminan. Toxicómanos e indigentes, maltrato físico o emocional, protagonistas sin alma en un mundo sin Dios, relatos sobre tus míseros deseos y estúpidas obsesiones. Pensamientos oscuros e

instintos primarios compartidos y reprimidos por todos. Ansiedad y mala hostia extraída de la experiencia de los autores y de su sucia imaginativa. Relatos que dejan de manifiesto que la vida no es bonita en un entorno de mierda, o que la belleza tan sólo es una opinión, tan estúpida e inútil como cualquier otra.

Después de dos años de cuentos sin final feliz, Manuel Sirvent y Rodrigo Ratero deciden poner la guinda sobre su pastel digital convirtiendo al obsoleto mundo analógico una selección de las mejores entradas del blog «Kazikes», junto a la incorporación de algunos relatos inéditos. Un libro de escritos urbanos y enfermos que retratan a la perfección el alma de sus autores. Historias que te alegran al comprobar que tu vida no es tan miserable como las de nuestros protagonistas. Reflexiones y cuentos sobre las miserias de la vida cotidiana que el azaroso entorno nos hace vivir. Cuarenta y tres relatos y un poema con dosis de realismo, depresión y sadismo que harán las delicias del soñador, depresivo y masoquista lector.

Índice

Prólogo

Las miserias de la vida

JOSÉ MARÍA BERMÚDEZ, «CHIRRI»

La correctora del B.O.E.

RODRIGO RATERO

Resignación

MANUEL SIRVENT

El poeta del crimen

JOSÉ MARÍA BERMÚDEZ, «CHIRRI»

La Burbuja

MANUEL SIRVENT

El congelador

RODRIGO RATERO

El nuevo héroe del barrio

MANUEL SIRVENT

Preludio de un asesinato

ALBA GONZÁLEZ

Convivencia

RODRIGO RATERO

Rayas de cucarachas

VIDAL-DOSIS Y MORTI-DESTRUCCIÓN

Negocio guarro

RODRIGO RATERO

Tú sí que vales

MANUEL SIRVENT

El silencio

RODRIGO RATERO

No tuvo suerte

MANUEL SIRVENT

[La paciente número treinta y dos](#)

MORTI-DESTRUCCIÓN

[Día de lluvia](#)

RODRIGO RATERO

[Una mala noche](#)

MANUEL SIRVENT

[Venganza venérea](#)

RODRIGO RATERO

[Como cada mañana](#)

ALBA GONZÁLEZ

[Celos](#)

MANUEL SIRVENT

[Punki hasta la médula](#)

RODRIGO RATERO

[Cucaracha](#)

CHUBI PIRRI

[Las deudas se pagan](#)

MANUEL SIRVENT

[Tormenta en el espejo](#)

JOSÉ MARÍA BERMÚDEZ, «CHIRRI»

[Coimetrofobia](#)

RODRIGO RATERO

[Perspicacia](#)

MANUEL SIRVENT

[Por el camino de piedras](#)

ALBA GONZÁLEZ

[Un nuevo amigo](#)

RODRIGO RATERO

[Trankimazines](#)

MANUEL SIRVENT

[Vals funesto de descomposición](#)

RODRIGO RATERO

[El Chiringuito](#)

MANUEL SIRVENT

[Hienas](#)

RODRIGO RATERO

[Julia](#)

VIDAL-DOSIS

[Pensamientos suicidas](#)

MANUEL SIRVENT

[Luces, cámara... ¡Acción!](#)

RODRIGO RATERO

[El mercado de almas](#)

JOSÉ MARÍA BERMÚDEZ, «CHIRRI»

[Cena para dos](#)

ALBA GONZÁLEZ

[Vaga experiencia](#)

MANUEL SIRVENT

[Herbicida en el césped](#)

CHUBI PIRRI

[Fiesta techno](#)

RODRIGO RATERO

[La final de copa](#)

MANUEL SIRVENT

[Ciudad Drama. Desheredados](#)

JOSÉ MARÍA BERMÚDEZ, «CHIRRI»

[Insomnio](#)

RODRIGO RATERO

[El patrón](#)

MANUEL SIRVENT

Las miserias de la vida

JOSÉ MARÍA BERMÚDEZ, «CHIRRI»

Las miserias de la vida
son las ruinas del presente,
cosquilleo de esperanza,
carcajada de la muerte.

Amanece un nuevo día,
y la justicia en estado de espera
se mofa de los pobres
jugando a «la gallinita ciega».

La tristeza anda descalza,
cenicienta de soledad,
nadie quiere devolverle
su zapato de cristal.

Un día más
el mundo se rompe en mil pedazos.
Un día más
el espejo se apodera de nuestras vidas.
Un día más
la sonrisa sonrío ladina.

Un día más
la luz apagada, la rabia encendida.

Un día más
somos esclavos.
Un día más
de la misma piedra.
Un día más
con la que ayer tropezamos.

Un día más, al despertar,
las calles son un infierno
que el cielo no cubre.

Una noche más, entre sueños
nos arroja la incertidumbre.

La correctora del B.O.E.

RODRIGO RATERO

Las luces de discoteca, el sofocante calor, su quinta copa de vodka con limón y la inminente bajada de la pastilla de éxtasis empezaba a hacer mella en el flaco y pálido cuerpo de Elsa. En realidad ella no debería estar allí, una insistente voz en su cabeza, quizá la conciencia, le repetía una y otra vez: «Elsa, tienes que estudiar». Había llegado hacía algunos meses a Madrid para prepararse en una academia unas inocuas oposiciones para correctora del B.O.E. El dinero de papá y algunos ahorros que consiguió trabajando en la peluquería de su tía estaban financiando su estancia en la capital. La presión del alcohol, el calor, la luces parpadeantes y las miradas lascivas de los borrachos que llenaban la sala, vestían el flaco cuerpo de Elsa mientras se tambaleaba hasta el baño.

—¿A dónde vas? —le preguntó Cristina.

—Al baño a lavarme la cara —contestó Elsa exhausta.

Cristina era la culpable de que Elsa estuviese allí. Elsa en un gesto de amabilidad había hecho un hueco

en su apretada agenda para ir esa tarde a cortar el flequillo y las puntas a su casa. Cristina le dio el suficiente cannabis y la suficiente cerveza para que ésta accediera a acompañarla esa noche de parranda. Siempre hacía lo mismo, se las arreglaba para liarla al menos una vez por semana haciéndole descuidar sus obligaciones y crispándole cada vez más los nervios ante el inminente examen. Elsa se miró en el espejo del baño, su cara estaba desencajada, rara, como un cuadro cubista. Abrió el grifo y apenas cayeron unas gotas. Era típico de las discotecas, cortaban el agua aprovechando el calor y la sequedad de la boca causada por el consumo de drogas de diseño para vender más agua y más copas a precios desorbitados. Salió del baño, fue hasta la barra y pidió una botella de agua. Después se despidió de Cristina con un gesto, a ésta no pareció importarle; su lengua ya estaba intercambiando otra pastilla y algunos gérmenes con otro joven de mirada perdida.

Elsa se dirigió sudorosa y confusa hasta la puerta de salida intentando evitar las sucias y furtivas miradas, cuando por fin pisó la calle respiró profundamente. Miró su reloj, estaban a punto de ser las cuatro de la mañana. El metro había cerrado así que decidió ir a casa andando, hacía demasiado calor para apretarse en un bus con más gente. Empezó a caminar y a sentir la incómoda sensación de ser observada, y de repente le vinieron a la cabeza los

titulares que desde hacía algunos meses llenaban los periódicos: «El asaltante nocturno ha vuelto a matar». Algún enfermo se había despertado odiando el mundo y se dedicaba a matar a jóvenes alcoholizados en la madrugada cuando volvían de fiesta. El perfil del psicópata no estaba claro, pero sí el de sus víctimas: jóvenes borrachos, drogados o ambas cosas, cuando iban solos en el intervalo de distancia entre el último lugar de alterne y su casa. Elsa dio otro trago a su botella de agua finiquitando así su contenido y apretó el paso. Empezó a ponerse nerviosa, cada vez que se cruzaba con alguien o sentía alguna persona caminando a su espalda su corazón latía más y más rápido. Un pensamiento en forma de memoria fotográfica con el titular «El asaltante nocturno» taladraba su cabeza. Siguió caminando apresurada y distinguió a lo lejos una oscura figura sentada en un banco que debido a su apresurado andar estaba cada vez más cerca. Tragó saliva y se alejó lo más que pudo del banco, hasta donde la fachada del edificio se lo permitió. Sobrepasó a la oscura figura con la cabeza gacha y caminando rápidamente.

El sudor ya bañaba prácticamente todo su cuerpo, dobló la esquina y siguió andando, sin embargo empezó a notar que alguien seguía sus pasos, quizá fuese esa extraña figura, quizá la paranoia causada por el letal binomio alcohol y drogas de diseño, de

todas formas no se iba a girar para comprobarlo. Cada vez lo notaba más cerca, su ceñido top albergaba dos enormes charcos por debajo de sus axilas, sus largas piernas se sentían doloridas, los zapatos de tacón alto no eran el calzado más adecuado para huir de asesinos y maníacos. «No es nadie». «Es una paranoia», se repetía a sí misma continuamente... Pero eso seguía ahí detrás, de hecho cada vez lo notaba más cerca.

Quería ir más deprisa sin echar a correr, los pies la estaban matando, sudaba y sudaba. Notaba una respiración prácticamente en su nuca. Apretó hasta aplastar la botella vacía de agua que aún estaba en su mano y la dejó caer al suelo, sintió como ese enfermo la pisaba, estaba a menos de un metro de ella. Rebuscó en el bolso nerviosa y a ciegas, y palpó las tijeras con las que había cortado sólo hacía unas horas el pelo de Cristina. Las apretó en sus manos y cuando sintió al asesino más cerca se giró y clavó las tijeras en su cuello de un golpe seco. El asesino la agarró de los hombros y la miró con la boca abierta y la mirada fija en ella. Elsa sacó las tijeras de su cuello haciendo salir una lluvia de rojo sangre que bañó a los dos. Sin tiempo para pensar cerró los ojos y apuñaló hasta trece veces la cara de ese enfermo. Cuando comprobó que ya no se movía, guardó las tijeras y corrió hasta su casa. Lo había vuelto a conseguir, una semana más se había librado del asesino.

Al día siguiente un titular llenaba los periódicos:
«El asaltante nocturno ha vuelto a matar».

Resignación

MANUEL SIRVENT

Tenía veinticinco años y no me había acostado con una mujer desde hacía cuatro. No tenía amigas. Solía mirar a las mujeres por la calle y me las imaginaba desnudas. A veces se superponía mi imaginación con la realidad y me costaba distinguir si realmente lo estaban o no. Era una sensación un tanto extraña. Cuando veía a una chica guapa la miraba desde la resignación. Me masturbaba a diario.

Bebía mucho. Cuando no tenía para cerveza me pillaba cartones de vino y los ingería a palo seco. Me gustaba salir sólo por las noches. Me sentaba en la barra de algún pub y me emborrachaba. Cuando consideraba que empezaba a hacer el ridículo mirando a las tías en plan pervertido me iba, me pillaba medio pollo y unos litros, y me iba a casa. Solía darme el medio día. Tenía un piso alquilado aunque no lo pagaba.

El poeta del crimen

JOSÉ MARÍA BERMÚDEZ, «CHIRRI»

Todo ocurrió de una manera extraña. Me levanté de la cama con el cuerpo cubierto por los restos del naufragio de un mal sueño, que aún resistía a desvanecerse entre gotas de sudor. Un día más mi vida seguía maldecida por una resaca de mil demonios, aún así, logré arrastrarme desde la habitación hasta el salón, medio obnubilado y tosiendo a pleno pulmón. Son gajes del oficio cuando se tiene el pecho destrozado por el tabaco y el amor. Huelga decir que llevaba un tiempo en que todas las noches me tomaba la vida cual si fuera una bebida para aplacar mi ansiedad. Quizás agobiado, asqueado y cansado de que me salpicara la suciedad de esta sociedad llena de hipocresía y soberbia, de crueldad e injusticia, de envidia taimada, de dolor y angustia; palabras todas ellas entre las que existía una simbiosis implacable que no hacía más que encender mi rabia y apagar mi estrella.

Me acerqué al botellero del mueble-bar, y aunque tenía resaca hasta en el alma, me serví un whisky y encendí un cigarrillo. Sobre la mesa, al lado de un

trozo de porción de pizza de la última cena austera, había un bolígrafo y un folio donde estaba escrito un poema de cinco versos, fruto de mi última inspiración, y un periódico del día anterior que empecé a ojear. Dos tragos y tres páginas más tarde algo llamó mi atención, la noticia decía:

«Cinco años después de que ocurrieran los hechos ingresa en prisión con una sentencia de tres años, dos meses y un día por el robo de un jamón. El individuo en cuestión, casado y con una hija, tenía en la actualidad un trabajo estable. Estas circunstancias no impidieron que al juez le temblara la mano al dictar sentencia».

En un acto reflejo cogí el boli y señalé con un círculo la noticia. Tras indagar un poco en el asunto me enteré de que esa noche se celebraba una fiesta en un hotel a la que acudirían altos cargos, diplomáticos, jueces, y entre ellos el juez de la caprichosa sentencia. Después de darme una ducha que suavizó la resaca me puse mi mejor traje, el impulso y la inspiración seguían dentro de mí.

A las once de la noche y después de pasar una pequeña odisea, ya estaba dentro del hotel. Entre las caras sonrientes, ambiente de lujo, y olor a corrupción, por fin localicé mi objetivo que se dirigía a la zona de los baños. Como si de una película se tratase, me hice pasar por un empleado del hotel, con bandeja de jamón en mano fui tras él. Antes de que

entrara en el baño y con un golpe duro y preciso lo arrastré hasta una especie de pequeño almacén, le puse unas esposas y una mordaza. ¡Joder, de verdad parecía estar en una puta película! Volví rápidamente a por la bandeja de jamón que dejé en el pasillo y me acerqué hasta él.

—Tras una vida de lujo has tenido la mala pata de topar con este pata negra —le dije con la bandeja a la altura de sus ojos.

Acto seguido le quité la mordaza y empecé a meterle todas las lonchitas de jamón en la boca, tapándole al mismo tiempo la nariz.

-Disfruta del sabor de tu soberbia, escucha el golpe de mazo de tu maldita sentencia.

Expiró su último aliento, saqué del bolsillo un rotulador rojo, le arranqué la camisa y escribí sobre su pecho el poema que ese día leí sobre la mesa del salón de mi casa:

EN ESTE POEMA DE SANGRE
NO HABÍA PIEDAD EN EL ÚLTIMO VERSO
TRAS EL TEMIBLE SUSURRO
EL POETA DEL CRIMEN,
DA SU FRÍO BESO.

Una hora más tarde estaba en mi casa viendo la tele, con un whisky y un cigarrillo entre mis dedos. De repente otro impulso, esta vez al mirar la televisión, en la pantalla una timadora del tarot. Apunté su nombre al lado del poema, que aún seguía en la mesa del salón.

La Burbuja

MANUEL SIRVENT

Cuando empecé sólo era un niño sin futuro, un pringaete de barrio. En el fondo un fracasado. El irme del pueblo, con los ojos llenos de lágrimas subido en un bus, cagado de miedo hacia la gran ciudad, me supuso un severo trauma. Bebía por las noches, hasta perder el conocimiento, encerrado en una habitación, por miedo a salir a la calle y que me pasara algo. Cualquier cosa, un navajazo, un robo... mil peligros.

Curraba como un cabrón en la obra, esperando al viernes para regresar al pueblo y tirarme el pisto de triunfador ante los colegas. Cambiando billetes por copas en las barras e invitando a la peña como si fuera un nuevo Amancio Ortega. Pero cuando llegaba el domingo, el telón se bajaba y volvía a ser el mismo tiraete asustadizo, con miedo a enfrentarse a la vida.

Pasaron los meses, me refugié en el trabajo, y esa dedicación me supuso un puesto de encargado de la mezcla, en una obra donde decenas de pequeñas empresas, que iban a destajo, se disputaban ese producto, para elevar su productividad y así sus

ganancias.

No tardé mucho en darme cuenta de que me podía aprovechar de ese puesto, y quemado de ir como un borrego todos los días al curro mientras que los de arriba se llevaban la pasta, decidí aprovecharlo para ganar algo extra.

Al principio empecé tímidamente, para no provocar sospechas, e hice un par de contactos con algunos oficiales. Les daba la mezcla sin tener que hacer la cola a cambio de cualquier pago, hachís, maría, coca e incluso dinero. Pero en esa obra, siempre escaseaba la mezcla, y pronto más de la mitad salía por la puerta trasera.

Los alicatadores eran los que mejor pagaban, y evidentemente a los que primero servía. Las drogas que recibía las volvía a vender allí, pero la demanda de ellas era superior a las que conseguía con la mezcla. Así que bajaba al poblao, una vez a la semana, para coger mercancía. Así estaban las cosas. Si alguien quería mezcla o droga, hablaba conmigo, y si alguien intentaba delatarme, untaba a algunos de los de arriba y lo quitaban de en medio. Todo funcionaba.

Logré vivir muy bien durante esa época. Cambié mi habitación por un piso con cochera en el centro, y mi viejo coche abollado por un BMW. Pero ya se sabe, días de mucho vísperas de na.

El sector de la construcción empezó a decaer,

decían que había estallado la burbuja inmobiliaria, y con ello caía la afluencia de trabajadores por la obra. Poco a poco se acabó el destajo, y por lo tanto, parte de mis ingresos. Al final yo también fui a la calle.

Casi no podía pagar el piso y me resignaba a dejarlo. Trapicheaba más mal que bien por los parques, y en una de las bazas de bajar al poblao, el que me vendía, como le pillaba ya tan poco, les dio permiso a los chavales, que eran como hienas merodeando los coches de los que bajaban a por droga, para que me desvalijaran. Y así terminaron mis días a lo Corleone. Subiendo la cuesta del poblao, sin dinero, sin coche, sin poder pagar el piso y sabiendo que lo único que me quedaba era lo bailao.

¿Te está gustando este libro?

Puedes encontrar este y muchos otros [aquí](#).

